PREDESTINACIÓN

REVELADA

NO OCULTA, NI CONFUNDIDA

HERMAN HOEKSEMA

Prefacio

La Hora del Testigo Reformado, en conjunto con el Comité de Misión de las Iglesias Protestantes Reformadas, se complace en presentar las primeras cuatro charlas de una serie de radio de nuestro Pastor, el Reverendo Herman Hoeksema, sobre el tema general "La Predestinación Soberana de Dios". Un segundo folleto seguirá, si el Señor quiere, a su debido tiempo.

Es nuestra esperanza y oración que el Rey de Su Iglesia pueda usar también este medio para desarrollar, preservar y propagar esta verdad central y de suma importancia de las Escrituras, y para purificar y reunir a Su Iglesia.

EL COMITE RADIAL DE
FIRST PROTESTANT REFORMED CHURCH.
Gran RAPIDS, MICHIGAN, NOV. 15, 1948.

Nuestro Enfoque de la Doctrina de la Predestinación

Nosotros creemos, como iglesias Reformadas, y enfáticamente, como Iglesias Protestantes Reformadas, en la verdad de la predestinación soberana, la cual, brevemente, significa para nosotros que Dios determina soberanamente la salvación de los elegidos y la condenación de los reprobados. En resumen, que Dios es siempre el Señor del hombre. Digo, enfáticamente, no porque, como muchos alegan que hacemos y nos acusan de hacer, prediquemos la doctrina de la predestinación exclusivamente; menos aún porque somos duros y crueles y no tenemos simpatía natural por la humanidad en general; sino porque, en muchas iglesias que navegan bajo la bandera Reformada, esta verdad tan importante y fundamental es olvidada e ignorada, o camuflada y corrompida. Tienen una copia de las confesiones Reformadas en la parte posterior de su salterio, pero esa confesión, cuyo corazón mismo es la verdad de la predestinación, apenas se conoce y ciertamente no vive en sus corazones. Muchos predicadores evitan cuidadosamente en sus sermones esa verdad; y, si la predican, por lo general suelen concluir su sermón contradiciéndola al final, presentando la gracia de Dios como una oferta bien intencionada por parte de Dios para todos, y dejando la impresión de que la salvación depende, después de todo, de aquel que quiere y de aquel que corre. Esto nos negamos de hacerlo, en primer lugar, porque se trata de la Palabra de Dios, que no puede ser corrompida. Y, en segundo lugar, porque la verdad de la predestinación es una verdad básica y central, con la cual la Iglesia de Cristo se mantiene o cae, como es evidente en 2 Tim. 2:19: “Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo." Y, por lo tanto, nosotros repetimos, nosotros enseñamos enfáticamente la verdad de la predestinación.

En nuestras charlas de radio nos proponemos, si el Señor quiere, durante unas semanas llamar la atención especial a esta verdad sobre la base de Romanos 9; y en nuestra presente charla les hablamos sobre el enfoque espiritual apropiado de esta doctrina, sobre la base de Romanos 9:1-3: “Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne".

En este capítulo noveno la Palabra de Dios introduce, evidentemente, un nuevo tema: La gran cuestión del rechazo de la nación Judía, que implica la exclusión del Reino de Dios de muchos Israelitas individuales según la carne

y del llamado de los Gentiles. Y la transición del capítulo anterior al presente parece bastante abrupta. Sin embargo, la conexión con lo anterior probablemente debe encontrarse en el alma del apóstol Pablo. En el capítulo octavo de esta epístola a los Romanos había sido inspirado para escribir un glorioso cántico de triunfo sobre el tema de la seguridad de los creyentes en Cristo con respecto a su salvación final y la gran gloria de esa salvación que poseen en esperanza. Y especialmente en los versículos finales de ese capítulo habían ascendido a las alturas de la fe, de donde desafió la vida y la muerte, los ángeles y principados y los poderes, las alturas y profundidades, las cosas presentes y las por venir, sí, todas las cosas creadas para separar a los elegidos del amor de Dios en Cristo Jesús su Señor. Y la misma bienaventuranza de los creyentes de la nueva dispensación lo lleva a dirigir su atención a sus parientes según la carne, los Judíos, y lo lleva a contemplar su dolorosa situación. Y así se ve llevado a escribir sobre este nuevo tema del rechazo de los Judíos y el llamado de los Gentiles a la luz de los tratos absolutamente soberanos de Dios con ambos.

Los primeros cinco versículos del capítulo nueve son introductorios. En ellos el apóstol aborda el nuevo problema; y el enfoque es evidentemente espiritual y psicológico. El apóstol revela cuál es la actitud de su propia alma, su sentimiento personal; ahora está a punto de escribir sobre la estupenda verdad del rechazo y la reprobación de sus parientes según la carne. Solemnemente enfatiza que dice la verdad en Cristo, que no miente, que su conciencia en Cristo, guiada por el Espíritu Santo, le da testimonio de que realmente dice la verdad, cuando declara que en el enfoque de este nuevo tema él recuerda una gran tristeza de alma y un continuo dolor en su corazón. Tan grande es esta pesadez y tan profundo este dolor, que no duda en decir que podría desear ser anatema de Cristo por sus hermanos, sus parientes según la carne.

¿Cuál es el significado de esta asombrosa expresión?

Se han ofrecido diversas interpretaciones de esta última expresión, que debilitan el verdadero sentido de las palabras del apóstol. Se ha sugerido que una cosa maldita es, después de todo, sólo una cosa destinada a la muerte, de modo que el apóstol probablemente no quiere decir más que eso que él podría desear morir por el bien de sus hermanos. Otros han aventurado la conjetura de que el apóstol usa la palabra *maldito* en un sentido eclesiástico, y que sólo pretendía declarar que él podría desear ser excomulgado de la iglesia. Aún otros traducen: "Yo deseaba", y explicaría las palabras del apóstol como refiriéndose al tiempo antes de su conversión, cuando persiguió a la iglesia de

Cristo. Sin embargo, todas estas interpretaciones no son el resultado de un trato honesto con la exégesis del texto, sino más bien de la objeción de que el apóstol ciertamente no podría desear ser anatema de Cristo. Sin embargo, esto es exactamente lo que el declara, y las palabras tendrán que permanecer tal como están aquí, con toda su fuerza. Lo que el apóstol quiere decir es: si fuera puesto ante la alternativa de que mis hermanos según la carne sean salvos, o yo; si se me permitiera elegir entre su salvación y la mía propia, podría efectuar su salvación por medio de mi maldición, realmente podría desear ser maldito de Cristo a favor de ellos.

Sin embargo, no debemos malinterpretar esta fuerte expresión de Pablo. No puede significar, por supuesto, que como *Cristiano* pudiera desear por el bien de cualquier hombre que no tuviera parte con Cristo, que todavía estuviera en su pecado, que todavía fuera un hombre natural y malvado, que perteneciera a los enemigos de Cristo. Eso sería espiritualmente imposible. Y eso implicaría un deseo perverso. Sino, en primer lugar, el habla según la carne a sus hermanos, que son sus parientes según la carne. Está relacionado con ellos, y su natural amor y compasión por ellos se expresa en estas palabras. Y, en segundo lugar, el apóstol no está considerando el lado ético y espiritual del asunto, sino que está pensando en el gozo de la salvación y deseando fuertemente que todos sus hermanos puedan compartir ese gozo. Él dice que podría desear perderla, perder la salvación desde ese punto de vista para sus hermanos, sus parientes según la carne.

Y mirándolo bajo esta luz, este pasaje es muy importante para nosotros.

En primer lugar, notemos que la actitud del apóstol al abordar el tremendo tema de la soberanía absoluta de Dios en la elección y la reprobación es destinada por la Palabra de Dios como un ejemplo para nosotros. Cuándo, como hijos de Dios, abordamos este tema y hablamos de la Predestinación Soberana de Dios, es apropiado que nuestra actitud sea profundamente espiritual. Puede que no lo sea, esto posiblemente no podría ser la actitud de orgullo y auto exaltación; porque si a Dios le agradó ordenarnos para salvación en distinción de los demás, ciertamente no es motivo para que nos gloriemos de nosotros mismos. Aquel que realmente entiende la verdad de este punto se humillará profundamente ante Dios. Que ninguna carne se gloríe en Su Presencia. Y esto también implica que no se puede hablar muy bien del tema del rechazo soberano de Dios a los reprobados, que con el tiempo son nuestros semejantes, nuestros parientes según la carne, sin sentir hasta cierto punto la misma pesadumbre, el mismo dolor continuo por ellos que el apóstol enfáticamente declara aquí sentir en sus corazones. Ningún regocijo a sangre

fría en la condenación de nuestros semejantes puede caracterizar nuestra contemplación de los tratos soberanos de Dios con los hijos de los hombres. El hecho de que el propósito predestinador de Dios divida a nuestra raza, hace que la separación entre hombres de la misma carne y sangre, siempre sigue siendo una cuestión de sufrimiento mientras estemos en este tiempo presente. Y esto me lleva a otro comentario. Desde el punto de vista de nuestra carne, de nuestra vida y relaciones terrenales y naturales, no es tan extraño, —salvo algunas objeciones teológicas, — escuchar al apóstol declarar que podría desear ser maldecido de Cristo por sus parientes según la carne. Sin querer ponernos a la par con el apóstol, podemos decir con seguridad que, hasta cierto punto, a menudo podemos repetir estas palabras después de él. Imagínense a un padre que experimenta el dolor de ver a uno o más de sus hijos caminar por el camino del pecado y la destrucción. Imagínense a un pastor que, con el paso de los años, se apega a su rebaño y desea fervientemente su salvación, pero que contempla a muchos de ellos que no son los objetos del amor electivo de Dios. Y lo que es verdad de nuestra propia carne y sangre en el sentido más estricto de la palabra y de la Iglesia de Cristo en el mundo en general puede aplicarse a la humanidad en su conjunto. De una sola sangre Dios ha hecho a toda la raza humana, y ellos son, según la carne, todos nuestros hermanos. Y podemos entender un poco, al menos, de la actitud del apóstol cuando habla de la gran tristeza que agobia su alma y dice que podría desear ser anatema de Cristo por sus parientes según la carne. Y en la medida en que pudiéramos desear en nuestra presente carne y sangre, podríamos efectivamente desear que todos los hombres sean salvos.

¿Y Entonces qué? ¿Debemos ocultar y corromper la verdad de la predestinación soberana de Dios por consideraciones puramente carnales y humanistas? ¡Dios no lo quiera! Creemos en la Palabra de Dios según las Escrituras, y en ellas confiamos. Y esa Palabra nos enseña claramente que Dios es el Señor, incluso con respecto a la salvación de los Suyos y la condenación de los demás. Aunque por un tiempo esta antítesis significa sufrimiento según la carne, por fe somos parte del Dios vivo, consagrados a Él y a Su gloria, y estamos seguros de que cuando todo el sufrimiento de este tiempo presente haya pasado, Dios se justificará a Sí mismo, y toda carne confesará Su justicia eterna en la condenación de los reprobados, así como en la salvación de los elegidos.

Soli Deo gloria!

Hijos Espirituales y Carnales

Como se ha dicho, Romanos 9 trata de la tremenda cuestión del rechazo de la nación judía, que implica la exclusión del reino de Dios de muchos israelitas individuales. Y este hecho el apóstol lo explica a la luz del trato soberano de Dios con los hombres. Dios elige y rechaza; y Su consejo de predestinación atraviesa soberanamente la iglesia visible en la tierra, haciendo distinción entre los hijos espirituales y carnales, los hijos de la promesa y los hijos de la carne. Esto se enseña en primer lugar en Romanos 9: 6-8: "No que la palabra de Dios haya fallado; porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos; sino: En Isaac te será llamada descendencia. Esto es: No los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los que son hijos según la promesa son contados como descendientes."

El apóstol introduce estas palabras con la afirmación de que la Palabra de Dios no ha dejado de tener efecto, no se ha "caído". Esta declaración es de importancia fundamental. El hecho de que muchos de los Judíos de la antigua dispensación y muchos niños bautizados de la Iglesia se hayan perdido para siempre no es ninguna prueba de que la promesa de Dios haya fallado. Con frecuencia las Escrituras hablan de la promesa. A veces usa el singular, "la promesa"; y en otros pasajes usa el plural, "las promesas". En esencia la expresión se refiere siempre a la misma verdad. La promesa es revelada y prometida por Dios, sí, el propósito juramentado de salvación para Su pueblo a través de Jesucristo nuestro Señor. Es la promesa de redención y liberación del pecado y la herencia de la gloria eterna en el reino de los cielos. Es la promesa del Espíritu, la promesa de la salvación eterna, la promesa de la vida. Ahora, superficialmente considerado, parecería que esta promesa concierne a todos los hijos de la Iglesia, tanto en la antigua como en la nueva dispensación. ¿No fue la Palabra de Dios para Abraham sin limitación: "Estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti?" ¿Y no lo hace el apóstol Pedro pronunciar la misma promesa general cuando, de pie en la misma entrada de la nueva dispensación en el día de Pentecostés, proclama: "Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos el Señor nuestro Dios llamare? Pero, ¿y entonces qué? ¿No es un hecho, el hecho mismo que se asoma ante la mente del apóstol y que causa a este, para que se llene de tristeza y gran dolor, que muchos, que la gran mayoría de los descendientes de Abraham, nunca recibieron la promesa; que miles y

miles de la simiente perecieron en la antigua dispensación; que en el mismo momento en que la promesa de Dios entró en su realización, la nación de Israel fue definitivamente rechazada, y que los corazones de muchos judíos individuales estaban tan endurecidos que estaban cerrados a la influencia del evangelio? ¿Y no debe decirse lo mismo de los hijos de los creyentes en la nueva dispensación? ¿Cuántos de ellos reciben el sello del pacto de Dios en la infancia, son instruidos en el camino del pacto de Dios desde su juventud, para al final desdeñar y despreciar las promesas de Dios y elegir el camino de la destrucción incluso hasta el amargo final? Entonces ¿Cómo explicaremos este hecho evidente a la luz de la promesa de Dios con respecto a Abraham y su simiente, con respecto a los creyentes y sus hijos?

Hay muchos que, al enfrentar esta pregunta, se refugian en la explicación de que la promesa de Dios depende del consentimiento y la aceptación de la promesa por la simiente de Abraham, por los hijos de los creyentes. La promesa, dicen, es para toda la simiente natural de Abraham y para todos los hijos de los creyentes. Todos ellos son, sin excepción, comprendidos en el pacto de Dios. Del lado de Dios el pacto se establece con ellos; por parte de Dios la promesa para ellos es "Sí y amén". Esto, afirman, es el privilegio de todos los que nacen de los creyentes en la Iglesia de Cristo, que Dios sinceramente les ofrece Su promesa y les promete las bendiciones de la salvación sin distinción. Solo cuando llegan a los años de discreción, deben aceptar sus obligaciones del pacto. A esto depende la promesa. Y si la promesa no es aceptada, simplemente no pueden recibirla. Así fue en la antigua dispensación: la promesa a Abraham y su simiente incluye, de hecho, toda la simiente natural de Abraham; pero miles para quienes la promesa estaba destinada no aceptaron la oferta de salvación de Dios. Por lo tanto, muchos de los hijos de la promesa se perdieron. Y el mismo hecho de no aceptar la promesa explica por qué tantos hijos de creyentes en la nueva dispensación para quienes está destinada la promesa, son expulsados y rechazados.

No dejamos de señalar, sin embargo, que esta explicación es bastante contraria a la Palabra de Dios en nuestro texto. Porque el apóstol escribe que la Palabra de Dios no ha dejado de tener efecto. Sin embargo, de acuerdo con la explicación mencionada, esto es exactamente lo que sucedió. La promesa de Dios era para todos; sin embargo, en el caso de miles y miles de personas, esta promesa fracasó en su realización. Oh, yo sé, y comprendo completamente, y admito, que en el camino de su incredulidad y la iniquidad ellos se perdieron. Pero niego que esto pueda servir como una explicación del hecho de que Dios

no cumplió Su promesa en ellos. ¿No son todos los hijos de Abraham por naturaleza iguales? ¿No estan todos los hijos del pacto por naturaleza muertos en delitos y pecado, al nacer? ¿Es alguno de ellos por naturaleza capaz de entrar en el pacto de Dios, de creer y esperar en la promesa, a menos que Dios tome la iniciativa y realice Su promesa? Si, entonces, la promesa de Dios es para toda la simiente de Abraham, y si por naturaleza todos los hijos de Abraham según la carne son igualmente incapaces de rendirse dignos o receptivos a la promesa de Dios, se deduce que la Palabra de Dios ha caído, ha quedado sin efecto, ha fallado completamente en el caso de aquellos hijos de Abraham que nunca reciben la promesa.

Pero, como se ha dicho, esto es contrario a la Palabra de Dios en nuestro texto. “No como si la palabra de Dios no hubiera tenido ningún efecto”, escribe el apóstol. La Palabra de Dios es la Palabra de *Dios*. Nunca depende del hombre. Nunca depende de la criatura para su realización. Su realización depende únicamente de Dios, y Él es el Amén; Él es la Roca; cualquier cosa puede fallar, Su Palabra nunca falla. Y también en este caso no se calló, ni siquiera en el caso de los que se perdieron. Todos aquellos a quienes se les dio la promesa y que pertenecían a ella, ciertamente fueron salvos. Ninguno de ellos murió. Pero de esto se deduce que la Palabra de Dios en cuestión tenía un alcance limitado, y que la promesa no pertenecía a toda la simiente carnal de Abraham. Esa es la explicación de la Palabra de Dios aquí. No todos los israelitas son *de* Israel, los que son descendientes de Jacob; ni son todos los hijos, verdaderos hijos de Dios, porque son descendientes de Abraham. Los hijos de la carne no son hijos de Dios, sino que los hijos de la promesa son contados por la simiente. La verdad de esta explicación se demuestra con el ejemplo de Isaac. Abraham tuvo más hijos. En el momento del nacimiento de Isaac ya era padre del hijo de Agar, la esclava. Y después de su matrimonio con Cetura tuvo varios hijos más. No se puede negar que todos estos hijos de Abraham estaban incluidos en la "simiente" de Abraham en el sentido natural del término. Sin embargo, Dios limita claramente Su promesa a Isaac. "En Isaac será llamada su simiente."

¿Cuál es el significado de la expresión "los hijos de la promesa"? ¿El término simplemente significa lo mismo que si el apóstol hubiera escrito “los hijos prometidos”? Así, algunos interpretan la frase. O ¿es el significado, como otros interpretarían, hijos a quienes pertenece la promesa, que son herederos de la bendita promesa de Dios? Sin duda, a los hijos de la promesa

también se les prometió hijos, y la bendición prometida fue para ellos. Pero la expresión "hijos de la promesa" tiene un significado más profundo. Frecuentemente la Escritura habla de la promesa. Y los hijos de la promesa son aquellos que fueron engendrados por el poder de la promesa. La promesa es, por así decirlo, su madre. Dios los hace nacer realizando en ellos Su palabra de promesa. Por lo tanto, son aquellos en los que la promesa de la redención se ha realizado en principio: hijos espirituales, nacidos no de la carne sino del Espíritu. Ese es el verdadero significado de la expresión "hijos de la promesa". Esta puede deducirse no sólo de la expresión misma, sino también de una comparación con la expresión que aparece en Gálatas 4:23, 28: "Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa.". La frase "por la promesa" en el versículo 23 se lee literalmente en el original "por medio de la promesa". Isaac nació por medio, por el poder de la promesa. Así que nosotros también somos "hijos de la promesa como lo fue Isaac". Y que esto se refiere de hecho a su nacimiento espiritual es evidente si comparamos el versiculo 29 del mismo capítulo de Gálatas: "Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora." Por naturaleza, aparte del poder de la promesa de Dios, nacemos según la carne. Lo que es nacido del Espíritu y es según el Espíritu. Porque lo que nace del Espíritu, es espíritu. Y, por lo tanto, los hijos de la promesa son hijos espirituales en quienes Dios obró y realizó el poder de Su promesa de salvación.

Por lo tanto, solo los hijos de la promesa son hijos de Dios, según el texto. Son aquellos a quienes Dios adoptó como Sus hijos en Cristo antes de la fundación del mundo, por quienes Cristo murió y resucitó para que ellos pudieran tener el derecho de ser hijos, y en quienes Dios realiza esta adopción por el Espíritu de gracia. Y solo los hijos de la promesa, que son los verdaderos hijos de Dios, son también el verdadero Israel: "Porque no todos los Israelitas son de Israel". Y nuevamente, solo "los hijos de la promesa son contados para la simiente". El resto, aunque hayan nacido de Abraham, incluso aunque hayan nacido en la Iglesia, de creyentes y hayan sido bautizados, no están incluidos en la promesa de Dios. A pesar de que estan *bajo* el pacto, no estan *en* el pacto. Son carnales, pecadores y permanecen carnales. Y su proximidad muy cercana al pacto de Dios, su vida, por así decirlo, como hijos carnales en la casa de Dios, simplemente trae a la manifestación con mayor claridad su naturaleza malvada y carnal. Pero la promesa de Dios nunca falla, sino que corre en la línea de la elección: "Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que

ellos, y para ellos el fin de toda controversia es el juramento para confirmación. Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento" Heb. 6:16-17. El consejo de Dios sobre la elección y reprobación a través de la Iglesia, y dentro de la Iglesia hace la separación y distinción entre los hijos carnales y espirituales.

Ahora, ¿cuál es la relación entre estos dos tipos de simientes en la misma línea de la generación del pueblo de Dios? y ¿cuál es el significado de la simiente carnal dentro de la Iglesia?

Exteriormente y por un tiempo, son un solo pueblo. En el sentido más estricto, este era el caso en la antigua dispensación, cuando la línea del pacto estaba confinada dentro de los límites de la nación de Israel. Tampoco es diferente en la nueva dispensación. La Iglesia en el mundo es la reunión de los creyentes confesos y sus hijos. Y forman un solo pueblo, aunque el curso del pacto de Dios ya no se limita a una nación. Y a este pueblo Dios revela Su pacto. Son llamados según su nombre, y exteriormente todos los que les pertenecen están sujetos al mismo trato. Todos somos bautizados en el nombre del Dios Trino. A todos se les predica la Palabra. Todos celebran la Cena del Señor. Todos, jóvenes y ancianos, son instruidos en el conocimiento de Dios y de nuestro Salvador Jesucristo. Sin embargo, también a la Iglesia de la nueva dispensación, también a nosotros como Iglesia de Cristo en el mundo, se aplica la Palabra de Dios: "No todo lo que es de Israel es Israel". Siempre estan los hijos de la promesa, la verdadera simiente espiritual; y de nuevo allí también se desarrolla siempre otra vez la simiente carnal, que vive en estrecha proximidad y comunión externa con la simiente espiritual, que habita en la misma casa con esta última, están sujetas a las mismas influencias que estas, pero no son hijos de la promesa y no reciben la gracia de Dios en sus corazones.

Y la presencia de los hijos carnales es de gran importancia para la Iglesia de Cristo.

En primer lugar, se puede observar que son una causa de dolor continuo, del gran dolor del que habla el apóstol al principio de este capítulo. Ellos son de nuestra propia carne y sangre, y deseamos de gran manera y fervientemente la salvación de aquellos que son queridos. ¿Qué es lo que los padres desearían más fervientemente para sus hijos que todos ellos puedan caminar en el temor del Señor y ser salvos? Y lo que es cierto de los padres en relación con sus hijos se aplica a un pastor, a los oficiales en general, a toda la congregación con respecto a todas las ovejas individuales del rebaño al que pertenecen. Se regocijan cuando los hijos del pacto de Dios crecen como hijos de la promesa

y sirven al Señor. Tal es su oración constante. Con este fin, trabajan, predican, instruyen, amonestan, reprenden, animan, consuelan, pública y privadamente, en medio de las reuniones de la Iglesia y en contacto individual. Sin embargo, no todos se manifiestan como hijos de la promesa. Muchos desprecian la primogenitura, como Esaú. Se trabajan con ellos, se les presta especial atención; cuando se vuelven rebeldes e indiferentes, se les dedica más trabajo que a aquellos que caminan constantemente en los caminos del pacto. Se les amonesta; se ora con ellos; pero no sirve de nada: desprecian las bendiciones espirituales del reino de Dios; pisotean el pacto de Dios; y finalmente ellos abandonan la comunión de Dios o son excomulgados de la Iglesia, para buscar su deleite en los placeres del pecado. Esto es un gran dolor y una pesada carga que debemos soportar, mientras estemos en la casa terrenal de este tabernáculo. Nuestra carne clama cuando la misericordia soberana de Dios atraviesa en medio de la simiente de Abraham para separar a los hijos de la promesa de la simiente carnal.

Pero hay más.

Es debido a la presencia de la simiente carnal, especialmente, que la Iglesia en la tierra siempre está en peligro de apostatar de la verdad. Cuán claramente se ilustra esto en la historia del pueblo de Israel en la antigua dispensación. ¡Cómo abundaba el elemento carnal en medio de ellos! ¡Cómo siempre desviaron a Israel para servir a otros dioses, para buscar los placeres del pecado, para traer la terrible ira de Jehová sobre la nación! Lo mismo sigue siendo cierto: el elemento carnal en la Iglesia sobre la tierra siempre tiende a corromper la verdad, a exponer a la Iglesia a todo viento de doctrina. Son ellos los que encuentran el camino del reino demasiado estrecho, los que lo ampliarían para dejar lugar a los que siguen sus concupiscencias carnales, los que amalgamarían la Iglesia y el mundo, y por esa razón desean atraer al mundo a la Iglesia.

Y así, finalmente, es por este elemento carnal que se llena la medida de la iniquidad, y de la simiente carnal el poder anticristiano se desarrolla constantemente hasta que el hombre de pecado sea revelado, el hijo de perdición, la culminación de todas las fuerzas de la iniquidad. Es en la simiente carnal donde el pecado se manifiesta en todo su horror. Con ellos, los hijos de la promesa están comprometidos en una continua guerra espiritual, hasta que lleguen los días en que habrá gran tribulación, días en los que los mismos elegidos serían engañados si no fueran acortados por causa de ellos.

¡Cuidado, por lo tanto! No digamos: "Tenemos a Abraham por Padre". Todos no son Israel los que son Israel; ni todos son hijos de Dios por ser de la simiente natural de Abraham. Ni digamos nunca que la Palabra de Dios se ha caído. Porque Dios realiza Sus promesas en todo Su pueblo. Su palabra nunca falla. ¡Pero caminen como hijos espirituales de Dios en Cristo, velando y orando individualmente y como iglesia, para que nadie tome nuestra corona!

Separación Entre Hermanos Gemelos

Ahora nos acercamos a lo que a menudo se ha considerado un *locus classicus* uno de los principales pasajes que prueban la verdad de la predestinación. Me refiero, por supuesto, a Romanos 9: 10-13: "Y no sólo esto, sino también cuando Rebeca concibió de uno, de Isaac nuestro padre (pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), se le dijo: El mayor servirá al menor. Como está escrito: A Jacob amé, más a Esaú aborrecí." Y debido a la extrema importancia de este pasaje para la verdad que ahora estamos considerando, así como debido a que los opositores de esta verdad han tratado de distorsionar el significado claro de estas palabras, procederemos con cierta lentitud y daremos más de una charla sobre el mismo pasaje.

Observemos, en primer lugar, que este pasaje, en el que el apóstol aduce el ejemplo de Jacob y Esaú, constituye en más de un aspecto un avance respecto a la parte anterior de este capítulo: en primer lugar, porque se refiere a la causa más profunda y al fundamento de la distinción entre Jacob y Esaú. Este fundamento se encuentra en la libre y soberana predestinación de Dios. Esto no fue mencionado en los versículos anteriores. Allí el apóstol se había limitado a afirmar que no todos los hijos de la carne son también hijos de la promesa, sin señalar la causa determinante de la distinción entre la doble simiente. En nuestro texto, sin embargo, el apóstol traza esta distinción a su causa última: el propósito de Dios según la elección debe mantenerse y manifestarse claramente. En segundo lugar, pone de manifiesto con mayor claridad que los versículos anteriores, el hecho de que no el nacimiento natural de Abraham determina quiénes serán los hijos de la promesa. Jacob y Esaú eran hijos de los mismos padres, lo que no era cierto con respecto a Isaac, por un lado, e Ismael y los hijos de Cetura, por el otro. Estos últimos eran, de hecho, hijos de Abraham; pero Sara, la madre de la promesa, no era su madre; y, por lo tanto, se podría argumentar que la promesa pertenecía a Isaac a diferencia de sus medio hermanos porque él, después de todo, era la única simiente verdadera y natural de Abraham. Pero este argumento no se aplicaría al ejemplo de Jacob y Esaú: eran hijos de los mismos padres. En tercer lugar, el ejemplo es aún más contundente porque Jacob y Esaú eran hermanos gemelos. En cuanto a su origen, no había diferencia natural entre ambos.

En cuarto lugar, esta ilustración resulta aún más sorprendente cuando consideramos que, desde un punto de vista natural, Esaú debería tener ciertamente la preeminencia sobre Jacob: porque el primero era el primogénito y, por lo tanto, poseía la primogenitura. Esto se enfatiza en el texto cuando se recuerda la Palabra de Dios a Rebeca de que el mayor servirá al menor. En quinto lugar, nótese que también se enfatiza en el texto que la distinción entre los dos hermanos no se basaba en ninguna obra de su parte, ya que ellos no habían hecho ni el bien ni el mal. Finalmente, el texto establece que la causa de la distinción entre los dos hermanos está en el propósito de Dios, pues el propósito según la elección debe prevalecer. Y todo esto es enfatizado por la cita que el apóstol hace de Malaquías 1: 2-4: "A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí".

Ahora, consideremos el texto un poco más en detalle.

La Palabra de Dios, "El mayor servirá al menor", le fue dicha a Rebeca. Ella había ido a consultar a Jehová, porque estaba embarazada, y percibió que su condición era extraña y extraordinaria. Porque los niños luchaban dentro de ella. Sintiendo, tal vez, que este extraño fenómeno podría ser una señal del Señor, fue persuadida a buscar la luz de la revelación divina. Y el Señor respondió a su pregunta de la siguiente manera: "Dos naciones hay en tu seno, Y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas; El un pueblo será más fuerte que el otro pueblo, Y el mayor servirá al menor." Génesis 25:23. La última cláusula solo es citada por el apóstol Pablo en nuestro texto. Y el significado de esto es claramente que la bendición del pacto, que normalmente se otorgaba al primogénito, en este caso debería ser para el hijo menor; no Esaú, el primogénito, sino Jacob heredaría la promesa.

De paso, permítanme comentar que el nombre de Jacob es de hecho un muy buen nombre. Nunca podrías llamar a tu hijo Esaú, pero llamarlo Jacob sería perfectamente apropiado. El nombre no significa, como muchos explican, "engañador", sino que significa literalmente "sostenido por el talón", y se refiere al hecho de que Jacob puso su mano sobre el talón de su hermano gemelo Esaú en el vientre. Es cierto que hay un elemento carnal en el nombre, porque Jacob antes de su conversión en Peniel, donde "por su fuerza tenia poder con Dios" y conquistado mediante el llanto y la súplica, Oseas 12:3-4, pensó que tenía que ayudar a Dios con su engaño. Sin embargo, fundamentalmente, el hecho de que sostuviera el talón de Esaú en el vientre materno era una señal, de hecho, tal vez más que una señal; ─tal vez era un impulso inconsciente de conquistar a su hermano profano y ser

el primogénito heredero de la promesa y del pacto de Dios. El nombre de Jacob, por tanto, se refiere fundamentalmente al celo por el pacto y el reino de Dios. Principalmente, Jacob puede ser comparado con los "violentos", que toman el reino de los cielos por la fuerza, del cual Jesús habla en distinción de la generación débil y miserable de su tiempo, según Mat. 11: 12-19.

Recuerdas el pasaje. Los hombres de Su generación, el Salvador, los compara con "los niños que se sientan en las plazas, y dan voces a sus compañeros, diciendo: Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no lamentasteis". Juan el Bautista predicó el reino de los cielos sin comer ni beber, y ante él tocaban la flauta; y cuando Juan no bailaba, decían que él tenía un demonio. Sin embargo, ante Jesús, que vino comiendo y bebiendo, ellos se lamentaban, y cuando El no lloraba, lo acusaban de glotón y bebedor de vino. Siempre, ya sea que Juan o Jesús predicaran, encontraron una excusa para no entrar en el reino de los cielos. En aguda distinción de estos se encuentran los "violentos", que toman el reino de los cielos por la fuerza. Ya sea que Juan o Jesús lo prediquen, ellos quieren entrar. A estos "violentos," o espiritualmente fuertes, pertenecía Jacob. Ese es el significado de tener a su hermano por el talón en el vientre. Jacob, por lo tanto, es un buen nombre.

Pero esto a modo de digresión.

Ahora volvamos al texto.

¿Cuál fue el propósito de Dios al revelar a Rebeca antes de que nacieran los niños, que no ambos de sus hijos, ni el mayor de los dos, sino sólo el menor debe heredar la promesa? La respuesta se encuentra en las palabras de nuestro texto: "... para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese". Ahora, el propósito de Dios es lo que El eternamente determina desde antes de la fundación del mundo según Su soberano beneplácito. En este caso, el propósito de Dios se refiere a la realización de la promesa, el otorgamiento de la bendición del pacto. Este propósito se realiza *de acuerdo a la elección*, es decir, no es sobre todos, ni siquiera sobre toda la simiente natural de Abraham, que Dios se propone otorgar la bendición de la promesa. Por el contrario, Su propósito de predestinación distingue y hace la separación incluso entre los descendientes naturales del padre de los creyentes. Solo en Sus propios elegidos, a quienes Él soberanamente ha conocido desde antes de la fundación del mundo, Él se propone a otorgar la bendición del pacto. Lo que significa

este propósito de Dios según la elección con respecto a Jacob y Esaú es también expresado en Malaquías 1: 2-4. El apóstol cita este pasaje cuando escribe: "Como está escrito: A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí".

Curiosos son los intentos que han hecho aquellos que se alejan de la verdad de la predestinación soberana de Dios para distorsionar esta significativa expresión. No solo hay algunos que desearían debilitar el sentido y leer: "A Jacob amé, y a Esaú amé menos"; pero las palabras son incluso cambiadas en su opuesto, e interpretadas como si el apóstol hubiera escrito: "A Jacob amé, y a Esaú también amé". Lo lejos que está cualquiera de estas interpretaciones de la verdad es evidente, cuando leemos estas palabras en su contexto, tal como aparece en Malaquías 1: 2-4. Allí leemos: "Yo os he amado, dice Jehová; y dijisteis: ¿En qué nos amaste? ¿No era Esaú hermano de Jacob? dice Jehová. Y amé a Jacob, y a Esaú aborrecí, y convertí sus montes en desolación, y abandoné su heredad para los chacales del desierto. Cuando Edom dijere: Nos hemos empobrecido, pero volveremos a edificar lo arruinado; así ha dicho Jehová de los ejércitos: Ellos edificarán, y yo destruiré; y les llamarán territorio de impiedad, y pueblo contra el cual Jehová está indignado para siempre." Ciertamente, a la luz de estas palabras, no se puede sostener que la cita de ellas que aparece en las palabras de nuestro texto signifique que Dios también ama a Esaú, o simplemente que lo amó menos que a Jacob. El texto tal como aparece en Romanos 9, sólo puede hacer referencia al amor y al odio de la soberana y eterna complacencia de Dios, y puede parafrasearse de la siguiente manera: a Jacob lo he aceptado eternamente en amor; a Esaú lo he rechazado eternamente como objeto de mi odio soberano.

Pero también se ha objetado que esta elección no es personal sino nacional. También esta objeción, sin embargo, carece de fuerza. En primer lugar, podemos responder que incluso si este fuera el caso, y la expresión "a Jacob amé, pero a Esaú aborrecí", se aplicaría a las naciones de Edom e Israel, esta aplicación no alteraría el caso en lo más mínimo. ¿No está una nación compuesta por la suma total de sus miembros individuales? ¿Y no es cierto, por lo tanto, que lo que es aplicable a la nación, en este caso, no es menos aplicable a los individuos que constituyen la nación? Incluso si pudiéramos adoptar esta interpretación, el hecho sería que las personas de Edom y los edomitas, al estar incluidos en la nación de Edom, son objeto del desagrado soberano de Dios, y están excluidos de la promesa del pacto por el propósito determinante de Dios. En segundo lugar, ¿no es evidente que incluso esta interpretación no excluiría en absoluto, sino que incluiría a las personas de

Jacob y Esaú? Y lo que es aplicable a las naciones que surgieron de ellos es de igual fuerza con referencia a sus personas. Pero, además, cuán contraria a todo el contexto es tal interpretación de este pasaje. El apóstol se refiere a Jacob y Esaú como una ilustración del hecho de que no todos los descendientes de Abraham son hijos de la promesa. No está escribiendo de naciones y distinciones nacionales, sino de los hijos individuales de Abraham y de la verdad evidente de que no toda la simiente natural, no todos los descendientes individuales del padre de los creyentes, están incluidos en la promesa. Todo el contexto muestra claramente que el apóstol está hablando de la distinción que el propósito soberano de Dios según la elección hace entre personas del mismo origen.

Aún más curiosa es la explicación de Barth. La predestinación, según él, no se refiere a ninguna distinción cuantitativa entre personas, sino simplemente a una diferencia cualitativa. Esaú y Jacob son tipos de la iglesia. Esaú es la iglesia visible en la tierra, tal como la conocemos. Como tal, la iglesia es reprobada, carnal, bajo el juicio y bajo la ira de Dios. Jacob, en cambio, es la iglesia desde el punto de vista de Dios, elegida y oculta en el consejo de Dios, y el objeto del amor de Dios. Jacob es Esaú desde el punto de vista de este tiempo presente. Esaú es Jacob desde el punto de vista de la elección. Es solo por fe y a través de la revelación de Dios en lo que Barth llama el "momento eterno" en que Esaú comprende que Dios lo ama en Su eterno consejo como Jacob.

Todas estas objeciones e interpretaciones no pueden sostenerse ni por un momento a la luz de la clara afirmación del texto de que no se refiere a las naciones, a las naciones de Israel y Edom, o a ciertas personas típicas, sino a las personas concretas e históricas de Jacob y Esaú. Y, por lo tanto, no puede haber discusión sobre el hecho de que las palabras: "A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí" se refieren a los hermanos gemelos personalmente.

Por lo tanto, debemos llegar a la conclusión de que la Palabra de Dios en nuestro texto, al igual que en muchos otros lugares, enseña la doctrina de la elección personal y la reprobación. Esta doctrina de la elección personal no significa simplemente que Dios eligió y ordenó un número arbitrario de personas para la salvación y la vida eterna, de modo que no habría hecho ninguna diferencia si hubiera elegido un número mayor o menor. Nunca hay nada arbitrario en la obra de Dios. Toda Su obra se caracteriza por una sabiduría infinita y un propósito inteligente. Dios no escogió un número arbitrario, sino que ordenó una Iglesia, un todo orgánico, el cuerpo de Su Hijo, nuestro Señor Jesucristo para que las riquezas de gloria, de Su Hijo, pudieran

brillar en esa Iglesia como un todo, cada miembro individual a su manera y en su propio lugar, sirviendo a ese único propósito, y para que así la gloria de Dios se manifieste en los vasos de misericordia antes preparados para la gloria. Tampoco hay ninguna arbitrariedad en el consejo de la reprobación o en el número de reprobados: porque, así como la paja debe servir al trigo, los reprobados deben estar subordinados a la realización y la glorificación de la Iglesia elegida de Cristo. Pero la verdad de la elección personal significa que Dios determinó soberanamente cuántos y quiénes iban a tener un lugar en esa Iglesia glorificada, así como el lugar mismo que cada uno de ellos debía ocupar en gloria, y con igual soberanía determinó cuántos y quiénes no tendrían lugar en esa Iglesia, sino que serían vasos de ira preparados para destrucción. Porque la salvación no es del hombre; no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. Y ninguna carne debe jamás gloriarse en Su presencia.

Fundado Solo en el Beneplácito de Dios

Hemos discutido el pasaje de Rom. 9: 10-13, y no voy a tomar tiempo ahora para citarlo de nuevo. Solamente en la presente charla debo llamar especial atención a las palabras del versículo 11: "(pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama)" Estas palabras afirman muy claramente que la predestinación no está basada en obras o en la fe prevista, sino que descansa únicamente en el beneplácito del Altísimo.

Debemos tener en cuenta que la doctrina de la soberanía de Dios y de Su libre determinación con respecto a la salvación de los hombres no es conforme al hombre. Muchos son, y siempre han sido, los que se oponen a esta verdad y todas sus implicaciones. No hubo muchos periodos en la historia de la Iglesia de Cristo en la nueva dispensación en la que ella fue lo suficientemente fuerte como para mantener y confesar la verdad de la predestinación soberana de Dios en toda su pureza según las Escrituras. Y el nuestro no es ciertamente una época en la que esperamos que abunden los fieles profesantes de esta verdad. Incluso aquellos que oficialmente profesan creer esta verdad generalmente prefieren guardar silencio al respecto; y cuando se les pide que den cuenta de esta actitud extraña y ambigua, responden que la doctrina de la predestinación soberana es un misterio, pertenece a las cosas ocultas de Dios con las que no tenemos nada que ver. Las cosas reveladas, así argumentan, son para nosotros y nuestros hijos. Y esta voluntad revelada, que en la mente de quienes asumen esta posición ambigua generalmente implica que Dios está dispuesto a salvar a todos y que el evangelio es una oferta general de salvación por parte de Dios, debe tener todo el énfasis en el ministerio de la Palabra y la predicación del evangelio de Cristo. La doctrina de una voluntad general de Dios para la salvación se mantiene junto a la verdad de la elección soberana y la gracia particular; y se enfatiza la primera con exclusión de la segunda. Y cuando se objeta que tal posición es absurda e insostenible, los defensores de esta posición generalmente buscan un refugio en la conocida excusa de que se trata de un misterio insoluble y que debemos mantener ambos lados de este dilema sin indagar curiosamente en las cosas profundas de Dios. Esta posición falsa y

ambigua ha demostrado ser más peligrosa para el mantenimiento de la verdad pura de las Escrituras con respecto a la predestinación soberana de Dios que el profeso libre albedrio. Porque bajo la bandera reformada toda la carga de la herejía Arminiana es introducida de contrabando en la Iglesia.

Sin embargo, en esta presente charla estamos más preocupados con la teoría de los Arminianos. Ellos también pretenden creer en la doctrina de la elección y, por supuesto, de la reprobación. Pero ellos lo explican de tal manera que realmente depende de las obras, la fe y el libre albedrío del hombre. Por supuesto, ellos dicen, que las Escrituras enseñan la elección personal y la reprobación y que esta predestinación soberana determina el estado eterno de los predestinados, esto no puede implicar que Dios en la predestinación no tenga en cuenta el carácter y las obras de aquellos que están tan predestinados. El fundamento último sobre la cual, y la razón por la cual uno es elegido para la vida eterna mientras que otro es rechazado para la desolación eterna, no puede ser el mero beneplácito soberano del Altísimo. Esto, afirman, sería arbitrario; presentaría a Dios como un tirano cruel. La predestinación, por lo tanto, descansa por la parte de Dios en Su conocimiento previo del carácter y las obras del hombre, y por parte del hombre se basa en sus obras previstas y, por lo tanto, en última instancia, en el libre albedrío del hombre. Dios eligió, según la doctrina de los Arminianos, a aquellos a quienes Él sabía de antemano que estarían dispuestos a creer en Cristo y a perseverar en esa fe; y reprobó a los que él sabía que no estaban dispuesto a creer y perseverar. Sólo así, ellos afirman, se puede explicar y mantener la libertad del hombre a la luz del propósito predestinador de Dios; y sólo sobre la base de esta presentación de la verdad de la elección y la reprobación se puede predicar el evangelio para que todo el que quiera pueda venir y beber del agua de la vida gratuitamente.

Nos gusta enfatizar en este sentido que la doctrina de la predestinación no está en absoluto en conflicto con la promesa del evangelio de que cualquiera que quiera venir y beber del agua de la vida. Esto también lo predicamos sin ninguna distorsión o limitación de las palabras. Seguramente, quien *quiera* que venga. Y, lo que es más, pueden tener la seguridad de que serán recibidos, viendo que su voluntad de venir es ya el fruto de la gracia de Dios. El Señor mismo les da la seguridad de que los que vengan a Él, no los echará fuera. Y la promesa del descanso es para todos los que están trabajados y cargados y que vendrán a Cristo. Nadie podrá decir jamás que por su parte estaba dispuesto a venir a Cristo y recibir la salvación, mientras Dios lo rechazaba. Pero esta es la diferencia entre la pura verdad escritural de la predestinación y

su corrupción Arminiana, que según esta última la voluntad de creer es el fundamento de la elección de Dios, mientras que según la primera la voluntad venidera es el fruto y el resultado de la gracia predestinadora de Dios.

Pero supongamos que adoptamos por un momento, en aras del argumento, la concepción Arminiana. Dios ha conocido de antemano desde toda la eternidad a los que creerían en Cristo y a los que lo rechazarían; e inmutablemente predestinó a los primeros a la vida eterna y a los segundos a la condenación eterna. ¿Ganaría esto realmente para el hombre la tan ansiada libertad para determinar sobre el asunto de su propio estado eterno? ¿Acaso no es el estado eterno de los elegidos y de los reprobados inmutablemente fijo y determinado? ¿Puede incluso cambiarse el conocimiento previo de Dios? Volviendo a las palabras de nuestro texto, ¿acaso no sabe Dios inmutablemente que Esaú será malvado; que demostrará ser un fornicario, profano; que despreciará su primogenitura si es puesta a su alcance; que se tropezará con esa piedra, y que era mejor para él si nunca hubiera poseído la primogenitura, sí, que nunca hubiera nacido? Y, sin embargo, ¿no lo coloca Dios soberanamente en la posición de primogénito y pone la piedra de tropiezo en su camino? Además, ¿se puede decir que mientras Dios preveía de forma eterna e inmutable que Esaú se perdería para siempre, según la intención divina, Cristo murió por él? Hablando en general, ¿es concebible que Dios entregara seriamente a su Hijo unigénito a la muerte de cruz para la salvación de aquellos que en Su conocimiento previo están inmutablemente predestinados a la condenación? Será evidente que no se puede permitir que el Arminiano conserve la apariencia de la verdad para la predestinación soberana de Dios. Si uno desea presentar la salvación del hombre como supeditada a su propia voluntad, debe negar la predestinación en cualquier forma. Uno debe elegir entre la soberanía del hombre y la soberanía de Dios. No hay alternativa.

Sin embargo, esta presentación Arminiana de la doctrina de la predestinación es contraria tanto al contexto como al texto mismo. Especialmente si vemos el texto a la luz de lo que sigue en el capítulo, debería ser muy evidente que el apóstol no tenía en mente tal punto de vista como el de los Arminianos. ¿Por qué debería concebir en ese caso la objeción que él mismo expresa en la pregunta, "Que hay injusticia en Dios”? O por qué otra vez debería considerar la otra objeción a menudo planteada por hombres pecadores, “¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad?” Es evidente que, consideradas a la luz del punto de vista Arminiano, estas objeciones simplemente carecen de sentido y no tienen nin-

gún sentido de fuerza. Pero también está en conflicto con el texto la opinión de que la predestinación de Dios descansa sobre Su conocimiento previo de las obras de los hombres. Porque el apóstol afirma enfáticamente que la Palabra de Dios, que era la revelación del propósito de Dios según la elección, llegó a Rebeca antes de que nacieran los hijos, ni habían hecho el bien ni el mal. Si la Palabra de Dios hubiera llegado a Rebeca después de que los niños hubieran crecido y después de que se hubiera manifestado que Esaú era un fornicador malvado, mientras que Jacob era el verdadero hijo del pacto, ella podría haber llegado a la conclusión de que Dios distinguió a los hermanos sobre la base de sus propias obras. Pero ahora el propósito de Dios conforme a la elección debe permanecer. Por lo tanto, este propósito le es revelado antes de que nacieran los niños, ninguno de los dos se había distinguido por sus obras, ya sean buenas o malas. De esto es evidente que el propósito de Dios era mostrarle a Rebecca que Su consejo de elección y reprobación con respecto a Jacob y Esaú era completamente independiente de sus obras y descansaba únicamente en Su propio beneplácito soberano.

El texto, por lo tanto, deja muy claro que la predestinación de Dios es absolutamente soberana y no tiene nada que ver con las obras o incluso con la fe del hombre como fundamento de Su consejo predestinador. El único fundamento de Su amor por los elegidos y Su odio soberano a los reprobados está en Sí mismo. El escogió la vida y rechazó hasta la muerte según Su voluntad soberana. Él solo determinó desde antes de la fundación del mundo quiénes tendrían y quiénes no tendrían un lugar en esa Iglesia en la que para siempre la gloria de Su gracia se manifestará y resplandecerá.

Concluimos, por lo tanto, que la predestinación de Jacob y Esaú es una elección y reprobación personal, que es una elección y reprobación para la salvación y desolación eterna respectivamente, y que descansa únicamente en el beneplácito soberano de Dios. Y esta verdad se enseña no solo en este pasaje, sino que está corroborado por toda la Escritura. Jacob y Esaú son tipos de los elegidos y los reprobados, porque Dios nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo. Ef. 1: 3, 4. Y en Cristo hemos obtenido una herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad. Ef. 1:11. A los judíos incrédulos, el Señor les dice abiertamente que no creen porque no son de sus ovejas. Juan 10:26. Sus ovejas son las que el Padre le dio. Juan 10:29. Y oyen su voz, y el las conoce, y lo siguen, y les da vida eterna, y no perece-

rán jamás. En Marcos 4:11, 12 leemos que Jesús explica el propósito de su enseñanza en parábolas como sigue: “Y les dijo: A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; más a los que están fuera, por parábolas todas las cosas; para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; para que no se conviertan, y les sean perdonados los pecados." En Juan 12:37-41 leemos: “Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él; para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; Para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, Y se conviertan, y yo los sane. Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él." Y, para no citar más, en 1 Pedro 2: 7-9 leemos: “Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen, La piedra que los edificadores desecharon, Ha venido a ser la cabeza del ángulo; y: Piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados. Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable."

A menudo se ha objetado a esta doctrina que no ofrece consuelo al malvado ni al pecador. Pero en respuesta podemos preguntar: ¿hay entonces alguna forma de presentación del evangelio que posiblemente pudiera consolar a los inicuos y reprobados? Mientras un hombre ande en el camino de la iniquidad, no hay consuelo para él en toda la Escritura. Y la pura verdad no adulterada de la predestinación mantiene aún más contra él, sí, contra todos los que obran iniquidad, y aún más contra el diablo y su hueste, que Dios es Dios y que Él ejecuta Su consejo y realiza Su propósito soberano incluso en ellos. Ni siquiera en su maldad y en su andar deliberado en el camino de la destrucción y de la condenación eterna son capaces de jactarse de que al hacerlo frustran la voluntad de Dios concerniente a ellos, o se oponen efectivamente al Altísimo. Incluso en el infierno tendrán que confesar, por un lado, que Dios es justo y que su condenación es justa, pero también que su desolación eterna tiene su causa última en el propósito predestinador soberano de Dios. El infierno confesará que Dios es bueno y que Él en verdad es el Dios soberano.

Pero para los piadosos, esta doctrina es la base de su seguridad y la fuente de todo su consuelo. Y consuelo es para él en cada etapa de su desarrollo espiritual y en todas las circunstancias de su vida. ¿Estás buscando? Sepa, entonces, que seguramente encontrará: o el hecho de su búsqueda es la evidencia indudable de que Dios los ha buscado primero. ¿Estas llamando? Ciertamente se te abrirá, porque el hecho de que llames es ya fruto de su gracia. ¿Estás débil y vacilante? Su consejo ciertamente permanecerá, y nunca perecerás. ¿Eres un creyente confirmado? Entonces sabrás que nadie te arrebatará de Su mano, porque El perfeccionará la obra que El comenzó y ciertamente preservará a los Suyos hasta el final, para que nunca se pierdan.

Pero no solo la verdad de la predestinación de Dios es una fuente de rico consuelo y un terreno de firme seguridad para los piadosos; es también motivo de profunda humillación ante Dios y los hombres. Después de todo, la doctrina Arminiana es un error orgulloso: porque enseña después de todo que la salvación se basa en las obras y el libre albedrío del hombre. Pero la verdad de la predestinación soberana enfatiza que Dios es todo y el hombre no es nada. No hay absolutamente ninguna razón para jactarse. Y el final del asunto es: “El que se gloríe, gloríese en El Señor."

Páginas web útiles:

www.cprf.co.uk

www.limerickreformed.com

www.prca.org

standardbearer.rfpa.org/

www.prca.org/prtj/

www.rfpa.org

www.commongracedebate.blogspot.co.uk

http://www.britishreformed.org/